

«Una hoja de ruta para promover el crecimiento
y crear la sociedad inclusiva y próspera que tenemos
al alcance.» BILL CLINTON



Alejandro Toledo

La sociedad compartida

Una visión para el futuro global de América Latina

Alejandro Toledo
La sociedad compartida

Una visión para el futuro global de América Latina

Traducción de Sandro Mairata Luque

ediciones península

Título original: *The Sacred Society: A vision for the global future of Latin America*

© Alejandro Toledo, 2015

Publicado de acuerdo con Mendel Media Group LLC de Nueva York

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2016

© de la traducción del inglés: Sandro Mairata Luque, 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016

Ediciones Península,

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VÍCTOR IGUAL S. L. - fotocomposición

LIBERDÚPLEX - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B-6.412-2016

ISBN: 978-84-9942-442-2

ÍNDICE

1. La oportunidad histórica de América Latina para lograr una sociedad compartida	9
2. Los desafíos inevitables	39
3. Asegurando el crecimiento económico con mayor equidad	65
4. La calidad de la democracia en América Latina	109
5. Erradicar la pobreza, reducir la desigualdad y promover el desarrollo sostenible	135
6. Adoptando el desarrollo sostenible	163
7. Profundizando la calidad de las instituciones de América Latina	193
8. Los desafíos sociales de una sociedad inclusiva	229
9. La capacidad estatal de entregar resultados tangibles y cuantificables	263
10. América Latina se hace global	301
Conclusión	349
Bibliografía esencial	353

En las últimas dos décadas América Latina ha atravesado una importante transformación. Podría llamársele un renacimiento. Este renacimiento podría continuar por muchas décadas, transformando a la mayor parte de los países latinoamericanos en sociedades con alto desarrollo, más equitativas en el ámbito social y profundamente democráticas. En estas sociedades, los pobres de hoy y las clases medias bajas serían partícipes integrales en culturas nacionales vibrantes, socialmente progresistas y diversas, ambas integrantes de la economía del conocimiento global y responsables de darle forma. No obstante, ignoramos si este renacimiento continuará. América Latina se encuentra en un momento crucial. El enorme progreso económico y político alcanzado pudiera detenerse por los conflictos sociales. Las cifras de crecimiento económico pudieran hacerse más lentas y la democracia pudiera depreciarse hacia formas bien conocidas de caudillismo.

He sido un activo participante en el renacimiento de América Latina y en mi tierra natal, Perú, cumplí un rol para permitir que este ocurra. Me siento orgulloso de ello y considero con optimismo que este renacimiento puede ser el inicio de un largo ciclo de desarrollo latinoamericano.

Escribo este libro porque creo que América Latina se encuentra en una encrucijada. Una combinación de trabajo duro,

planeamiento y situaciones afortunadas nos condujo a un lugar donde tenemos una oportunidad histórica para dar un gigantesco salto hacia delante. Creo que en el año 2050 podríamos ser una región líder mundial en desarrollo humano, desarrollo económico e igualdad de oportunidades. Podríamos ser una región sin pobreza, con bajos niveles de desigualdad, con una economía diversa construida sobre las mentes de nuestros pueblos, en lugar de hacerlo sobre los *commodities*, una región que goce de un desarrollo sostenible basado en la responsabilidad social y económica y en la innovación tecnológica.

MI VISIÓN PARA UNA SOCIEDAD COMPARTIDA

Mi visión es la de una América Latina cuya sociedad sea inclusiva y compartida en lo económico, social y político. Estudios recientes hechos por el Banco Mundial y otros sugieren que las sociedades compartidas gozan de un crecimiento económico considerablemente alto. Si comprendemos el bienestar económico como una combinación de crecimiento económico sostenido, con una distribución equitativa de los frutos de este para todos, entonces las sociedades compartidas tendrán más opciones de alcanzarlo. Las sociedades compartidas también crean un círculo virtuoso que se refuerza a sí mismo y que genera mayores dividendos económicos al asegurarse que todos comparten (y reinvierten) los frutos del crecimiento. Las economías de las sociedades compartidas también han reducido costes relacionados con las tensiones entre las sociedades como el orden público, la seguridad y la reparación de daños causados por violencia o protestas.

Soy miembro del Club de Madrid, una organización sin fines de lucro integrada por más de 90 exlíderes de países democráticos. El Club de Madrid ha liderado el camino en pos de la creación de sociedades compartidas globales y locales mediante el proyecto de sociedades compartidas. Creo que si

trabajamos de forma activa para construir una sociedad compartida, realizaremos nuestra visión para el futuro de América Latina. Según la definición del Club de Madrid:

Una «sociedad compartida» es una sociedad socialmente cohesionada. Es estable, segura. Es donde todos quienes la habitan se sienten en casa. Respeta la dignidad de todos y los derechos humanos, al mismo tiempo que provee a cada individuo las mismas oportunidades. Es tolerante. Respeta la diversidad. Una sociedad compartida se construye y nutre a través de un sólido liderazgo político (Club de Madrid 2014: 20).

Algunos principios básicos son esenciales para construir sociedades compartidas y son partes críticas de la visión que impulsamos en este libro. Estos incluyen:

- Respeto por la dignidad de cada individuo.
- Igualdad e imparcialidad. La verdadera igualdad e imparcialidad no existen de verdad donde persisten la discriminación, la marginalización o la falta de oportunidad para todos.
- Respeto por los derechos humanos y el imperio de la ley. Esto significa que los líderes políticos, propietarios de negocios, trabajadores del campo y la ciudad y todos los miembros de la sociedad por igual deben adherirse al imperio de la ley.
- Democracia. Creo que las democracias sólidas y funcionales le permiten a la gente dejar atrás sus intereses personales, y trabajar por el beneficio de todos. En democracias reales, los individuos pueden expresar sus aspiraciones y necesidades al mismo tiempo que construyen cohesión social.

Llegados a este punto, ya debería resultar evidente que no solo estoy interesado en el crecimiento económico. El creci-

miento económico es el medio hacia un fin. El crecimiento económico por sí solo no basta para mejorar el bienestar de las personas, para brindar oportunidades a todos por igual, ni para asegurar la posibilidad de un crecimiento y estabildades a futuro. En mi visión de una sociedad compartida, los latinoamericanos gozarían de los beneficios del crecimiento económico creados al enfocarnos en el desarrollo sostenible y en invertir en las mentes y salud de nuestros pueblos y sociedades para garantizar oportunidades iguales para todos.

Habremos así evolucionado de ser dependientes de la exportación de materias primas, a ser exportadores de productos y servicios basados en el conocimiento. Con ciudadanos saludables que estén cultivados en ciencia, tecnología e innovación, gracias a una educación de calidad, nuestra economía será robusta, resistente y mucho menos vulnerable a *shocks* exógenos.

Esta sería una América Latina en la cual el futuro de una niña no dependería de su género, ingreso de su familia, de dónde vive o qué lengua habla en su hogar, ni del color de su piel ni la forma de su nariz.

Seríamos conscientes de los increíbles recursos con los cuales hemos sido bendecidos en la diversidad cultural de nuestra gente y fomentaríamos esta diversidad porque todos sabemos que inspiraría nuevas y particulares perspectivas sobre nuestros desafíos; además, generarían el chispazo de la creatividad para desarrollar soluciones. América Latina es la cuna de pueblos ancestrales y milenarios que pueden presumir de una rara explosión de diversidad cultural que se manifiesta en las más de 400 diferentes poblaciones indígenas que sobreviven y florecen a pesar del pulso dramático del exterminio traído por los conquistadores españoles (y sus enfermedades) en el siglo xvi. Este compendio de culturas diversas representa aproximadamente el 7% del total de la población del continente y el 1,6% de la población global. Semejante amalgama de gentes constituye una aglomeración desproporciona-

damente alta de culturas en comparación con otras partes del mundo, y se refleja en la existencia de unos 600 diferentes idiomas, provenientes de 34 familias lingüísticas únicas y distintas. Esto, a su vez, posibilita la existencia de una vasta e impresionante constelación de perspectivas culturales, ideológicas y sociales que, sin duda, tienen una relevancia global singular, tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo.¹

Debemos asegurarnos de que todos los ciudadanos tengan la oportunidad de desarrollar las capacidades que necesitan para tener éxito en la vida que elijan. Para conseguirlo, debemos invertir en la salud y las mentes de nuestros pueblos. Debemos asegurar acceso universal y equitativo a servicios básicos como agua, saneamiento y electricidad, servicios de salud y una educación de calidad. Sin prestaciones básicas ni servicios de salud, los niños no podrán desarrollar todo su potencial, sea físico o mental.

Proveer acceso universal a una educación de calidad no es un asunto negociable. La educación puede dar libertad (me dio libertad a mí). Gracias a la educación, nunca tuve que vivir en la pobreza. Aun cuando hemos dado grandes pasos para proveer un acceso equitativo a la educación, nuestra calidad educativa luce muy baja en general y, además, se distribuye de forma desigual. La educación libera «los ruidos de los estómagos y los ruidos de las calles» porque la educación ayuda a los individuos a ser miembros activos, productivos y comprometidos de nuestra sociedad y de nuestra economía. La educación de calidad es una parte esencial de una sociedad compartida y, en mi visión, a mediados de siglo habremos desarrollado un sistema escolar de alta calidad que sirva a nuestros niños. Los precios de los *commodities* podrán caer mañana, pero lo que hemos invertido en las mentes de nuestros niños nunca podrá ser arrebatado.

1. Estoy agradecido con el profesor de la Universidad de Stanford Rodolfo Dirzo, por sus aportaciones a esta sección.

Esta renacida América Latina sería consciente de cómo nuestras decisiones sobre crecimiento y desarrollo afectan a nuestra sostenibilidad medioambiental y social. Sería una región concernida conscientemente por el cambio climático y tomaríamos decisiones activas para reducir o compensar nuestra contribución a ese fenómeno. Hemos sido bendecidos —o maldecidos, dependiendo de cómo se vea— con abundantes recursos naturales. Digo quizá maldecidos porque, como resultado de nuestro acceso a ganancias fáciles mediante nuestros recursos naturales, tendemos a ignorar la necesidad de invertir en nuestra gente. Ahora sabemos cómo en el largo plazo el conocimiento y capacidades de nuestros ciudadanos será más importante para la salud de nuestra sociedad que los recursos naturales, en especial si continuamos arrasando la riqueza de nuestras tierras. Pero los recursos naturales también pueden proveer de los fondos que requerimos para invertir en nuestra gente. A mediados de siglo, estaremos consiguiendo un balance entre la protección de nuestras tierras y recursos y la inversión en nuestra gente.

Seríamos una región en la cual el dinero que gastamos en armas estaría inversamente relacionado con la inversión en servicios de salud y educación. Al integrarnos cada vez más, nuestros enemigos ya no estarían en nuestros límites territoriales, o en nuestras fronteras, sino en nuestra sociedad; estos enemigos serían la pobreza, la inequidad, la discriminación y la exclusión. En 2009, gastamos 48.000 millones de dólares en armamento. ¡Solo imaginen cuánto podríamos hacer con 48.000 millones de dólares invertidos en las mentes y la salud de nuestra gente! Yo creí que esta debía ser una meta cuando fui presidente de Perú, y practiqué lo predicado: en mi primer día en el Congreso, reduje los gastos militares en un 25% y destiné esos recursos a los servicios de salud. Creo que este cambio es aún más importante hoy en día.

La verdadera seguridad humana —económica y física— no la obtendremos con la compra de más armas. Vendrá de la construcción de sociedades compartidas en las cuales la cohe-

sión social es robusta, en la cual todos se sienten parte de su comunidad y en la cual cada individuo se siente responsable por los miembros de su comunidad.

Seríamos una América Latina que lograría todo esto mediante instituciones profundamente democráticas. Gastaríamos tiempo y energía construyendo instituciones con la capacidad de entregar resultados reales. Nuestro sistema educativo, de alta calidad, alimentaría a una democracia vibrante, informada, deliberativa; una democracia que produce un sentido del bienestar y de la identidad concreto, medible, tangible y poderoso para todos los miembros de nuestras diversas sociedades.

Pero para ello debemos comprometernos. Muchos dirán que no necesitamos cambiar, que nuestro rumbo actual es bastante bueno. Conuerdo con que el desarrollo económico de hoy está cosechando algunos beneficios: estoy orgulloso de que hayamos reducido la pobreza y de que seamos el único continente que ha reducido la inequidad de ingresos desde el año 2000. Hemos hecho un mejor trabajo en cuanto a ordenar la casa se refiere (la última crisis económica no fue causada por nosotros, y fuimos menos afectados por ella que otras regiones). Sin embargo, aún vivimos en una de las regiones más desiguales del mundo. Y a pesar de los avances, aún enfrentamos desafíos enormes en nuestros esfuerzos para brindar servicios básicos, servicios de salud y una educación de calidad a nuestra infancia. A decenas de millones de nuestros niños se les niega la oportunidad más importante para todo ser humano: la oportunidad de desarrollar las capacidades que necesitan para ser miembros proactivos y productivos de su sociedad.

Así que, para variar las cosas, podríamos hacer el esfuerzo de dar un giro claro y un gran salto. Podríamos comenzar a esforzarnos activamente en crear sociedades compartidas y en establecer ciclos de crecimiento económico, de equidad y de democracia positivos, que se refuercen a sí mismos, junto a una democracia que podría nutrir a individuos, sociedades y

a naciones saludables y productivas. Creo que si damos este salto, en 2050 habremos eliminado la pobreza, reducido la inequidad y brindado a todos los ciudadanos un acceso equitativo a los servicios básicos, a la salud y a la educación. En esta visión, la cual creo alcanzable si actuamos ahora mismo, América Latina también compartirá los beneficios y réditos de su economía, avanzando de forma más equitativa, incorporando el alto porcentaje de latinoamericanos que viven hoy en la pobreza a una clase media vibrante y expansiva.

América Latina tiene hoy una oportunidad enorme, única. Ninguna otra región tiene nuestra abundante combinación de recursos naturales y flexibilidad macroeconómica, unida a altos niveles de homogeneidad lingüística nacional y coincidencias culturales e históricas. Todo esto nos brinda la capacidad de integrarnos en los campos de la infraestructura y el comercio, y de desarrollar ventajas comparativas y competitivas que nos permitan lidiar en la economía global. Tenemos además la suerte de estar bien posicionados geográficamente para colaborar con la región que ostenta el crecimiento más rápido del mundo: la cuenca del Asia-Pacífico. Si damos este salto, América Latina será una región que se sostenga en sus propios pies. Habremos aprendido de nuestros propios errores y cultivado el conocimiento, la salud y la independencia, tanto a nivel individual como comunitario, lo que nos conducirá a la independencia económica, al crecimiento y a una relación horizontal (en lo que al poder se refiere) con el resto del mundo, tanto a escala nacional como regional.

Con el conjunto adecuado de normas y políticas, estoy seguro de que América Latina será un jugador de peso a mediados de siglo. La gran masa de latinoamericanos puede alcanzar la seguridad económica y personal que hoy solo se disfruta en los países altamente desarrollados. Quiero subrayar el inicio de este párrafo: con el conjunto adecuado de normas y políticas. Alcanzar el brillante futuro que creo posible para los pueblos de la región requiere disciplina real y la disposición de los

gobiernos y de las empresas privadas a pensar en el largo plazo. Como explico a lo largo de este libro, a pesar de la impresión que nos dejan las reyertas políticas, nosotros ya sabemos diferenciar entre lo que sí funciona y lo que no. También sabemos lo que debe hacerse. Hacerlo es la parte difícil y es allí donde la política interviene.

EL ESCENARIO ESTÁ DADO

A fines de la década de 1980 e inicios de la de 1990, los países latinoamericanos implementaron estrategias nacionales de desarrollo basadas en reformas económicas y gobernanza democrática. En la primera década del siglo XXI, estas reformas ayudaron a la región a conseguir un crecimiento económico del casi 4,5% anual desde 2003. Sin hacer mucho ruido, las economías latinoamericanas continuaron expandiéndose durante las crisis económicas de 2008-2009. Dos de las grandes economías, Argentina y Perú, han llegado a tener enormes cifras de crecimiento anuales del 7 al 7,5%.

Conseguir estos niveles de expansión económica ha abierto tremendas oportunidades de cambiar la vida de los latinoamericanos para incrementar la solidez de la democracia en la región. La caída en el crecimiento demográfico también ayudó. El crecimiento demográfico en América Latina ha caído del 2% anual en los ochenta, a apenas algo más del 1% en los últimos cinco años. Esto significa que si el crecimiento económico se distribuyese de forma equitativa en todos los grupos de ingresos, el latinoamericano promedio habría visto crecer su poder adquisitivo en un 25% en unos cortos ocho años. En mi país, Perú, el crecimiento económico que ayudé a implementar a inicios de siglo XXI ha incrementado el poder adquisitivo promedio per cápita en un 70% desde 2001.

La naturaleza constante de este crecimiento ha tenido un impacto mayor en la reducción de la pobreza, al menos en

términos de cuánta gente gana menos de dos dólares al día, que es la forma como las agencias internacionales miden la pobreza, o un dólar al día, que es la forma como estas agencias miden la extrema pobreza. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), basado en estos estimados, el porcentaje de gente viviendo bajo de la línea de la pobreza se redujo del 42% al 19% en el periodo 2000-2011, y aquellos en extrema pobreza pasaron del 18% al 12%. Las buenas noticias son que Brasil ha reducido su nivel de pobreza al 20%, Chile a solo el 11%, y Argentina y Uruguay a solo el 5%. Gracias al alto crecimiento económico de Perú en la década pasada, el nivel de pobreza bajó de más del 50% al 25%, y la extrema pobreza pasó del 24% a solo el 6%. Los índices en Perú aún son altos, pero su declinación es un tributo a lo que puede conseguir un rápido crecimiento económico, al menos en términos de esta medida de pobreza.

La mala noticia es que en las *áreas rurales* de América Latina, y en muchos de los países más grandes como Brasil, Colombia, México y Perú, los índices de pobreza y extrema pobreza son aún muy elevados: 36% de pobreza y 15% de extrema pobreza en Brasil, 46% y 22% en Colombia, y 43% y 21% en México. En Perú, una cifra astronómicamente alta del 56% de gente en las áreas rurales es pobre y el 20% son pobres en extremo, incluso después de una década de crecimiento económico récord. En los países centroamericanos de bajos ingresos, más de la mitad —casi tres cuartos— de las personas de áreas rurales aún son pobres, y entre un cuarto y una mitad son extremadamente pobres. En otras palabras, el crecimiento sostenido en América Latina ha conseguido mucho, pero aún hay un largo camino por recorrer.

Estas no son las únicas malas noticias en el frente de la pobreza. Las cifras que acabo de citar solo nos dicen que el porcentaje de personas en cada país que gana un dólar o dos dólares al día está cayendo, porque el crecimiento económico está aumentando sus ingresos. Por mucho que esto nos entu-

siasme, este dato difícilmente captura las distintas dimensiones de la pobreza que no cambian para la gente pobre de América Latina, aun cuando sus ingresos aumenten. Cuando una mujer pobre gana 2,5 dólares diarios en lugar de 2, es posible que no tenga acceso a un buen sistema de provisión de agua, o a servicios de educación y salud decentes para sus hijos. Es posible que no tenga acceso a un mejor hogar o a empoderarse políticamente. Aún se la tratará como ciudadana de segunda clase ante la justicia. En todos estos casos, lo fundamental de ser pobre en América Latina prevalece, y, con ello, la frustración y desesperación que acompañan a la pobreza.

El renacimiento de América Latina no solo comprende al crecimiento económico y al incremento de los ingresos de sus pobres. Ya antes hemos tenido periodos de rápido desarrollo económico y reducción de la pobreza. Aun así, estas dos décadas pasadas han sido testigos de un cambio mucho más importante: la región goza de su más largo periodo de democracia ininterrumpida y de una sucesión de gobiernos elegidos de forma popular, cuyos procesos electorales han cumplido en gran medida con los estándares internacionales para las elecciones. Todo esto representa un enorme cambio respecto a una generación anterior, cuando regímenes militares gobernaban en países como Argentina, Brasil y Chile. Algunos de los gobiernos de hoy son «izquierdistas», algunos son conservadores y algunos pueden ser vistos como populistas autoritarios; sin embargo, las elecciones se llevan a cabo según calendarios establecidos y los líderes se someten al veredicto de los votantes. En casi todos los países de América Latina, *votante* significa «todo adulto habilitado», porque el voto es un acto obligatorio de carácter legal. Los votantes han elegido gobiernos con diferentes ideologías, pero todas las tendencias ideológicas, hasta ahora, se someten a la decisión del votante en cuanto a si permanecen o no en el gobierno.

Con todo el drama asociado al conflicto electoral, la democracia electoral envía señales de un «mínimo indispensa-

ble» de estabilidad política para inversionistas y mercados económicos en general. Y aun cuando la democracia general no ha eliminado la corrupción, puede que haya ayudado a contenerla. Cuando mi partido político, Perú Posible, lideró el movimiento en el año 2000 para evitar que el entonces presidente Fujimori adquiriese poderes dictatoriales, el gobierno peruano estaba infestado de corrupción. El dinero de las drogas gobernaba el sistema político peruano y la economía. El crecimiento económico se había estancado. Al restablecer la democracia y contener la corrupción, fuimos capaces de liberar una década de crecimiento que todavía está en pleno apogeo.

Así pues, América Latina ha recorrido un largo camino para crear la estabilidad necesaria para el crecimiento económico. Pero la región padece de una baja *calidad* de democracia. Una democracia de baja calidad no involucra lo suficiente a los ciudadanos en el proceso de toma de decisiones y en el ejercicio del poder. Combinada con índices de pobreza en la mayor parte de América Latina que aún se mantienen relativamente altos, la democracia de baja calidad ha significado niveles significativos de marginalización y exclusión, los cuales ponen a prueba la estabilidad del sistema político. Esta situación se ve exacerbada por la extrema inequidad en la distribución de ingresos. América Latina, lo mismo que África, es la región más desigual económicamente hablando en todo el mundo. La desigualdad de ingresos está decreciendo en algunos países desde niveles muy altos en lugares como Brasil, Chile y México, pero mientras continúe tan extrema como lo es ahora, esta desigualdad podría desatar un círculo vicioso de inestabilidad política, así como deteriorar el Estado de derecho democrático y provocar la desaceleración del crecimiento económico.

En nuestro pasado, cuando los líderes hablaban de democracia, se asumía que esto significaría un gobierno electo por la mayoría, que trabaja para la mayoría. Pero de lo que nos

dimos cuenta es que el simple hecho de llevar a cabo elecciones no basta para asegurar que el gobierno trabaja para la gente. Líderes que han trabajado en beneficio propio y de sus amigos, instituciones con poca capacidad de entregar resultados y los desafíos insidiosos que presentan las redes poderosas del narcotráfico han significado que, a la par que mantenemos nuestras ideas democráticas, nuestras elecciones, en apariencia democráticas, no han encontrado los resultados concretos y medibles que queríamos y esperábamos. Si no creamos sociedades compartidas que entreguen resultados concretos y medibles, habrá protestas. Estómagos vacíos, oportunidades desiguales, distribución desigual de recursos e instituciones ineficientes e insensibles engendrarán tensión social, conflicto y violencia. Una democracia que no sirve a la mayoría de la gente no es una democracia que funciona.

UN MOMENTO HISTÓRICO ÚNICO

¿Por qué este momento es distinto a los otros? Por primera vez en América Latina, cuatro grandes factores han convergido para facilitar el salto hacia adelante, en pos del crecimiento inclusivo y el desarrollo sostenido.

El primer factor es que hemos aprendido de nuestros propios errores en el siglo xx. Yo llamo a esto un factor «endógeno»: algo que podemos generar y controlar por nosotros mismos. Hace unos 40 años, otros países nos consideraban un continente que generaba caos, violencia, industrialización basada en la sustitución de importaciones, con bajos niveles de crecimiento económico y altos niveles de desempleo, inflación (e hiperinflación) y deuda externa. Como resultado tuvimos protestas sociales, las cuales a su vez ahuyentaban de la región a los inversionistas. Éramos una de las fuentes de crisis del mundo. Quizá tuvimos que tocar fondo de esta forma como

un camino misterioso para llegar a donde estamos hoy. Hemos aprendido a poner la casa en orden. América Latina es una de las regiones de más rápido crecimiento en el mundo en democracia. Nuestros niveles de inflación son bajos hoy en día, excepto en los países de la periferia; los déficit fiscales de nuestros países son manejables; nuestros bancos centrales son independientes y hemos aprendido que el populismo autoritario no hace ganar a nadie en el mediano plazo.

Existe otra evidencia concreta de que hemos aprendido de nuestros errores. En 2008, América Latina estuvo bajo el escrutinio del mundo. La crisis financiera a fines de la década pasada no fue causada por América Latina sino por los bancos, entre ellos Lehman Brothers, JP Morgan, Merrill-Lynch y los bancos en Europa. Aun así, en este mundo interconectado, pagamos parte del coste. Como consecuencia de la crisis, 6 millones de personas estuvieron impedidas de surgir de la pobreza en la región. Por fortuna, la región se recuperó de esta crisis financiera más rápido que Estados Unidos y Europa gracias a sus años precedentes de disciplina macroeconómica.

En muchos sentidos, América Latina ya ha iniciado el camino al cambio. Hemos elegido gobiernos de forma democrática, y casi todas nuestras economías son gobernadas por reglas que promueven la competencia, el comercio y la inversión. Estos gobiernos elegidos en democracia también son universalmente conscientes de la necesidad de usar transferencias condicionadas de efectivo (TCE, conocidas en inglés como CCT, por *conditional cash transfers*), para animar a nuestros ciudadanos de más bajos ingresos a beneficiarse de los servicios de salud y hacer que sus hijos vayan a las escuelas, a la vez que se les provee con dinero efectivo adicional a fin de mejorar su nutrición básica. Muchos gobiernos ya están dando pasos para equilibrar la distribución de ingresos mediante las TCE y otros programas. Nuestro nivel promedio de educación se ha elevado de forma dramática en las dos décadas pasadas, y muchos de nuestros gobiernos han comenzado ini-

ciativas importantes para mejorar la calidad educativa en los niveles primario y secundario. Algunos gobiernos latinoamericanos inclusive han empezado —solo empezado— a enfrentar los problemas de la contaminación, la deforestación, y a salvaguardar de la calidad del agua. La «buena inercia», que nos ayuda a movernos en la dirección correcta, nos ayuda también a movernos más rápido.

La segunda razón por la que pienso que ha llegado el momento de hacer grandes cambios es que la economía de América Latina está funcionando. Como es bien sabido, los precios de todos los *commodities* exportados por nuestra región (granos de soja, petróleo, gas, harina de pescado y cobre, entre otros) aún ostentan un alto valor en los mercados internacionales y es posible que así se mantengan por varios años más. Yo llamo a esto un factor exógeno, porque no podemos controlarlo; esta es una oportunidad que la región debe aprovechar, pero no la generamos y no podemos regularla.

Es crucial invertir los ingresos que la región está generando por el comercio de estos *commodities* a precios muy altos, en el desarrollo de las mentes de nuestra gente. Necesitamos reinvertir en capital humano, agua potable, desagüe, servicios de salud, calidad de la educación, empleos decentes e infraestructura, en especial en las áreas rurales. Mediante todas estas inversiones, en especial aquellas que incrementan lo que reciben las mentes de nuestra gente, la región podrá pasar de exportar materias primas con poco o ningún valor añadido, a exportar productos manufacturados. Por ello, también necesitamos invertir en tecnología, ciencia e innovación.

Brasil y Chile tienen una deuda como gobiernos que es solo la mitad de su PIB. La deuda del gobierno de Perú es aún más pequeña: un cuarto del PIB. Compárese eso con Francia, Reino Unido y Estados Unidos, donde la deuda es más de cuatro quintos del PIB, o Japón, donde es casi el doble del PIB. Las poblaciones de los países latinoamericanos son también relativamente jóvenes, de modo que la fuerza laboral

continuará creciendo en relación a la población mayor que ya no trabaja. Con ingresos más altos y una fuerza laboral latinoamericana en aumento, será posible incrementar de forma veloz los réditos del gobierno y el gasto público, en especial mediante impuestos a los ingresos. Esto representa un gran contraste frente a los países desarrollados, incluyendo China, donde los altos impuestos y el encarecimiento de los servicios de salud y las pensiones, asociados con una población que envejece, están poniendo a la inversión pública en educación e infraestructura bajo tensión.

La tercera razón para esta oportunidad única es también un factor endógeno: ahora, más que nunca, debemos capitalizar. La región ha sido bendecida —o maldecida— con muchos recursos naturales. Latinoamérica tiene el 23% de las reservas mundiales de petróleo, valorizadas en 250 billones² de dólares (la segunda reserva más grande de crudo); el 50% de las reservas de cobre mundiales, valorizadas en 522.500 millones de dólares; el 18% de las reservas mundiales de oro, valorizadas en 2,7 billones³ de dólares; el 37% de las reservas de agua fresca, valorizadas en 5.600 billones⁴ de dólares; el 42% de la producción mundial de granos de soja; el 54% de la producción mundial de caña de azúcar; el 58% de la producción mundial de café; el 12% de la producción mundial de trigo; el 18% de la producción mundial de pollo; el 22% de la producción mundial de ganado y el 6% de la producción mundial de porcino (véanse figuras 1.1 a 1.6).

Además, América Latina se caracteriza por la exuberante diversidad que aloja. Tal diversidad se manifiesta en formas diversas, y uno de sus mejores ejemplos es la diversidad biológica de la región: la plétora de recursos biológicos que contiene es vital para la supervivencia de la propia humanidad. En efec-

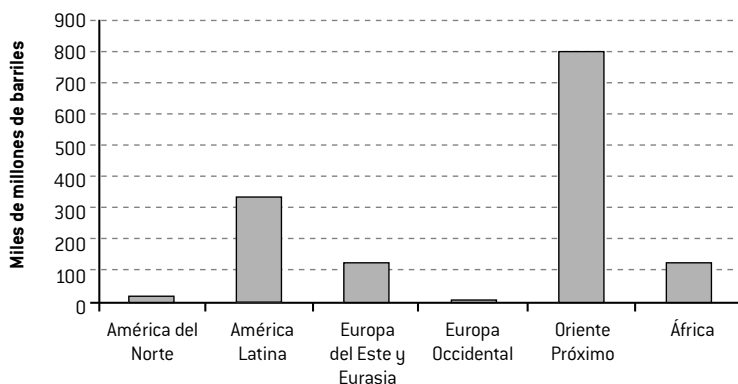
2. *Trillion* en el original inglés.

3. *Trillion* en el original inglés.

4. *Quadrillion* en el original inglés.

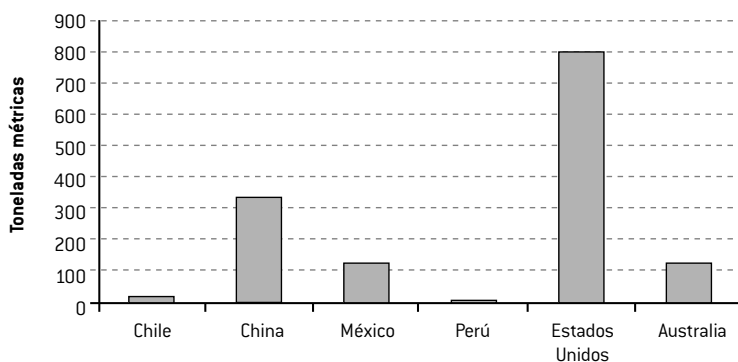
to, el valor de la contribución de América Latina a la biodiversidad del mundo difícilmente puede ser subestimado, ya que, por ejemplo, se estima que representa un tercio de toda la diversidad de la flora del planeta.

Figura 1.1. RESERVAS INTERNACIONALES DE PETRÓLEO CRUDO



Fuente: Cepal 2014.

Figura 1.2. RESERVAS INTERNACIONALES DE COBRE



Fuente: Cepal 2014.

Asimismo, América Latina puede jactarse de tener uno de los más extensos ecosistemas en la Tierra, incluyendo un rango completo de elevaciones, desde los bosques de manglares a

nivel del mar hasta los picos fríos de los Andes, por encima de los 4.000 metros sobre el nivel del mar. Del mismo modo, esta región del mundo también alberga ecosistemas adaptados a los más diversos climas, que van desde las selvas hiperhúmedas del Amazonas en Perú y Brasil a las más áridas extensiones de tierra de todo el mundo: la superposición de las fronteras entre Chile y Perú. La variedad de servicios ambientales con que esta rica biodiversidad contribuye a toda la humanidad está más allá de cualquier estimación. Por poner un ejemplo, la cuenca del Amazonas es, con mucho, el más grande sistema de almacenamiento y circulación de agua dulce en el planeta.

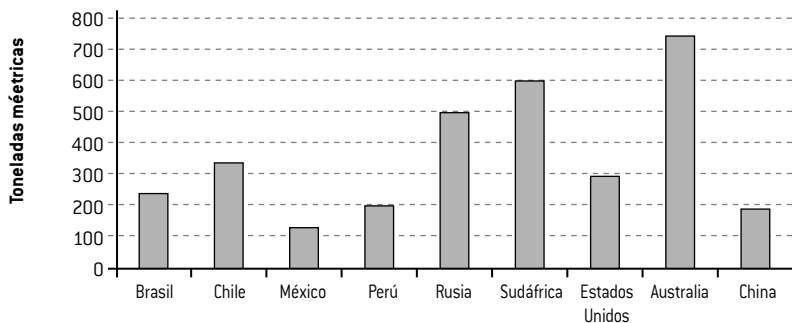
En resumen, aproximadamente un tercio de la totalidad del capital biológico en el mundo, junto con los servicios ecológicos que vienen con él, se encuentra en América Latina. Al mismo tiempo, tenemos que reconocer que es nuestra responsabilidad proteger toda esta riqueza natural, ya que pertenece al mundo y forma parte crucial de nuestra visión de una «sociedad compartida».

No es de extrañar entonces que estas dos expresiones de la diversidad —cultural y natural— se entremezclen en una especie de coevolución antropobiológica por medio de las pacientes y siempre constantes interacciones entre grupos étnicos y sus recursos naturales. El resultado es una plétora de artesanías, música, bailes y muchos otros productos y expresiones culturales y artísticas, que se combinan con la riqueza biológica de la región y definen una singular «diversidad biocultural» de relevancia mundial.

Gracias a esta diversidad biocultural, la humanidad se ha beneficiado, por ejemplo, de la domesticación (a través del ensayo y error) de frutos que se convirtieron en tesoros tales como papas, maíz, frijoles y ajíes; árboles de los bosques se convirtieron en fuentes de cacao; vides salvajes modificadas que producen vainilla, e incluso se descubrieron y pusieron en uso los hongos productores de la penicilina, por nombrar unos cuantos ejemplos.

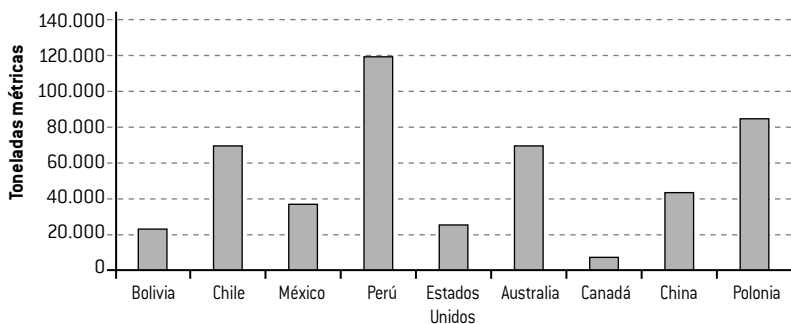
LA OPORTUNIDAD HISTÓRICA DE AMÉRICA LATINA

Figura 1.3. RESERVAS INTERNACIONALES DE ORO



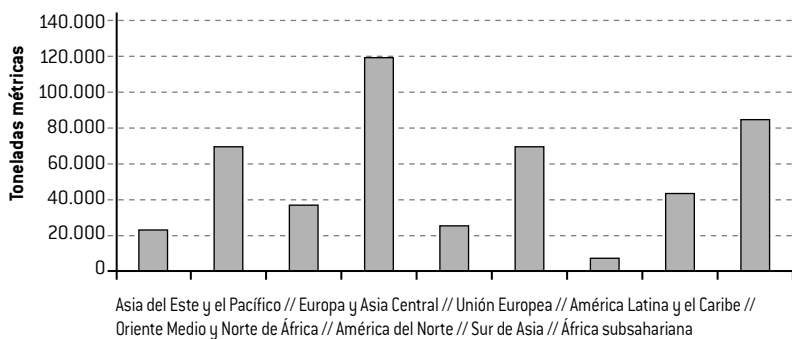
Fuente: Cepal 2014.

Figura 1.4. RESERVAS INTERNACIONALES DE PLATA



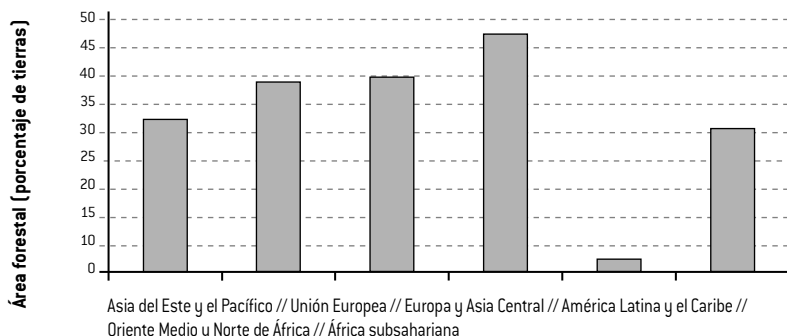
Fuente: Cepal 2014.

Figura 1.5. ÁREA FORESTAL REGIONAL



Fuente: Cepal 2014.

Figura 1.6. ÁREA FORESTAL REGIONAL



Fuente: Cepal 2014.

Después de todo, es difícil imaginar lo que nuestro mundo podría ser sin alimentos como la papa y el maíz. Con todo, estos tesoros son solo un componente de los aportes de América Latina, y que van de la mano con la sabiduría y el conocimiento alcanzado por los pueblos que encontraron por primera vez este capital natural.

La cuarta razón por la que este momento es tan especial es la existencia de un considerable capital humano de América Latina altamente capacitado, que hoy es parte de una diáspora mundial fomentada en parte, desde los años 1960, por la visión de la Fundación Ford, la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y varios países europeos. Algunos profesionales que hoy viven en el extranjero fueron expulsados de la región debido a dictaduras militares, violencia o terrorismo; otros se fueron porque querían explorar el mundo.

Es crucial que tomemos ventaja ahora de esta provisión de capital humano existente fuera de nuestra región. Hay alrededor de 5,5 millones de latinoamericanos con título profesional, maestrías y doctorados en la diáspora mundial. Estoy convencido de que latinoamericanos altamente capacitados están dispuestos a renunciar a una parte de sus sueldos y a las comodidades de la vida en un país desarrollado, para regresar a sus

respectivos países y utilizar sus nuevos conocimientos y habilidades en distintas disciplinas y ayudar a convertir este salto hacia delante en una realidad.

Yo soy uno de ellos. Aunque ya he tenido el privilegio de estudiar en algunas de las mejores universidades del mundo y trabajar en organizaciones internacionales como el Banco Mundial, la Organización Internacional del Trabajo, las Naciones Unidas y el Banco Interamericano de Desarrollo, así como dirigir el destino de mi país durante cinco años, soy consciente de que aún tengo mucho trabajo por hacer en Perú. Y estoy seguro de que otros millones de latinoamericanos tienen el deseo de completar sus asuntos pendientes con sus sociedades.

Necesitamos construir capital humano no solo para hacer más profesionales a las burocracias en las capitales de nuestros respectivos países, sino para impulsar la descentralización del Estado que algunos países ya han iniciado. Las alianzas con instituciones en Estados Unidos y Canadá pueden reforzar la reforma que es esencial si los Estados latinoamericanos desean comenzar a entregar resultados concretos, medibles y tangibles a los más pobres de los pobres en nuestros respectivos países. La falta de capacidad de generar progreso más allá de las ciudades capitales en la mayoría de los países latinoamericanos significa que importantes niveles de crecimiento económico coexistirán con creciente descontento social, un resultado lleno de riesgos, como he mencionado líneas arriba.

Añádase a esto el reto de ofrecer igualdad de oportunidades a todos los latinoamericanos, eliminando los altos niveles actuales de desnutrición temprana y brindando calidad en atención de salud, educación, infraestructuras y electricidad en zonas rurales. Tenemos que dar prioridad a la ciencia, la tecnología y la innovación y crear los Silicon Valley⁵

5. Así se denomina de manera informal a la zona de la bahía de San Francisco (California, Estados Unidos), donde se ubican las oficinas principales de algunas de las más importantes empresas informáticas del mundo.

de nuestros respectivos países (ciudades científicas y tecnológicas).

Todos estos cuatro factores convergentes (aprendizaje del pasado económico y de errores sociales; el crecimiento actual y el aumento de los ingresos; una plétora de recursos y abundante capital humano latinoamericano bien entrenado) podrían ayudar a gatillar una sinergia sin precedentes, permitiendo a América Latina hacer realidad esta oportunidad histórica en los próximos 35 años. Es esta interrelación entre el capital humano, tecnología, investigación y desarrollo, y recursos naturales, que da motivos de optimismo. El tiempo, aquí, es esencial. Es una oportunidad que no podemos desperdiciar.

LOS DESAFÍOS

América Latina no es un continente homogéneo, pero comparte desafíos sociales, económicos, tecnológicos y políticos. En primer lugar, la región requiere continuar estimulando las inversiones en recursos naturales, con los cuales —como expliqué en la sección anterior y lo haré de nuevo en los capítulos 5 y 7— estamos inmensa y diversamente abastecidos, para aprovechar el alto precio de las materias primas. No podemos detener estas inversiones; necesitamos estos recursos.

En segundo lugar, tenemos que empezar un cambio drástico para diversificar la composición del crecimiento económico y escapar de nuestra vulnerabilidad a una caída tanto en la demanda de las exportaciones de productos básicos como en sus precios. El proceso de diversificación requiere extenderse a todos los sectores de la economía, en particular a la agricultura, la industria manufacturera (incluidas las pequeñas y medianas empresas) y el ecoturismo. También se debería estimular la generación de puestos de trabajo decentes y bien remunerados, en especial para la juventud.

En tercer lugar, América Latina requiere una inversión

agresiva en ciencia, tecnología e innovación. Aquí, la relación entre la región y sus vecinos en el hemisferio norte es importante. Necesitamos incrementar la transferencia tecnológica para todos los diferentes sectores en nuestras economías.

En cuarto lugar, necesitamos capital humano altamente capacitado para continuar implementando la descentralización de los planes en los que nuestros países ya se han embarcado, sobre todo en provincias, distritos y comunidades.

En quinto lugar, la región necesita cumplir los desafíos del desarrollo sostenible: agua limpia, seguridad total, cambio climático, protección de la biodiversidad y fin de la proliferación nuclear.

En sexto lugar, necesitamos reducir los gastos militares y reasignar los fondos ahorrados en inversiones sociales destinadas a eliminar la pobreza y reducir la desigualdad. En 2008 y 2009, paradójicamente, América Latina gastó 48.000 millones de dólares en compras de armas.

En séptimo lugar, América Latina necesita respetar y celebrar su diversidad cultural, sobre todo en este mundo siempre dinámico y cambiante. Nuestro pluralismo es nuestra fuerza, no nuestra debilidad.

ENFRENTANDO LOS DESAFÍOS

Cumplir estos objetivos es una tarea difícil. Se requerirá un esfuerzo extraordinario y un liderazgo inspirado para tomar las decisiones necesarias para poner a América Latina en el camino hacia un desarrollo inclusivo y una sociedad compartida. La parte difícil es que el desarrollo inclusivo y una sociedad compartida requieren un crecimiento económico sostenido, la preservación del medio ambiente, políticas públicas que se enfoquen más en invertir en el 40% más pobre de la población, y la construcción de estructuras políticas que empoderen a todos los latinoamericanos, no solo a los privilegiados.